



LECTIO DIVINA

Pentecostés y IX semana del Tiempo Ordinario
Del 31 de mayo al 06 de junio de 2020



*Espíritu Santo, fuego y viento,
fuente de energía renovable y renovadora*

DOMINGO, 31 DE MAYO DE 2020

PENTECOSTÉS

La paz, la alegría y la misión.

Oración introductoria

Gracias, Señor, por el don de tu Espíritu que me da la paz para mi vida, la alegría para compartirte y la misión para que pueda ayudar a mis hermanos a encontrarte. Te agradezco por todo lo que me das; continúa a concederme tu gracia para amarte más y poder comunicar la alegría de tu amor.

Petición

Señor, hazme un instrumento de tu paz, donde haya odio, lleve yo el amor.

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 2, 1-11)

Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse. Residían entonces en Jerusalén judíos devotos venidos de todos los pueblos que hay bajo el cielo. Al oírse este ruido, acudió la multitud y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Estaban todos estupefactos y admirados, diciendo: «¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno de nosotros los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos, elamitas y habitantes de Mesopotamia, de Judea y

Capadocia, del Ponto y Asia, de Frigia y Panfilia, de Egipto y de la zona de Libia que limita con Cirene; hay ciudadanos romanos forasteros, tanto judíos como prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las grandezas de Dios en nuestra propia lengua».

Salmo (Sal 103, 1ab y 24ac. 29bc-30. 31 y 34)

Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (1 Cor 12, 3b-7. 12-13)

Hermanos: Nadie puede decir: «Jesús es Señor», sino por el Espíritu Santo. Y hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. Pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común. Pues, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Pues todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

Secuencia

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 20, 19-23)

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y,

diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».

Releemos el evangelio

San Elredo de Rieval (1110-1167)

monje cisterciense

Sermón sobre la siete voces del Espíritu Santo en Pentecostés.

“Envías tu espíritu, los creas, y renuevas la faz de la tierra.”

(Sal 103,30)

Según el designio de Dios, al principio, el Espíritu de Dios llenaba el universo, “...despliega su fuerza de un extremo a otro, y todo lo gobierna acertadamente” (*Sab 8,1*). Pero, en cuanto a su obra de santificación, es a partir de este día de Pentecostés que “el Espíritu llenó toda la tierra” (*Sap 1,7*). Porque hoy, el Espíritu de dulzura es enviado desde el Padre y el Hijo para santificar a toda criatura según un plan nuevo, una manera nueva, una manifestación nueva de su poder y de su fuerza.

Antes, “el Espíritu no había sido dado porque Jesús no había sido glorificado” (*Jn 7,39*)... Hoy, bajando del cielo, el Espíritu es dado a las almas de los mortales con toda su riqueza, toda su fecundidad. Así este rocío divino se extiende sobre toda la tierra, en la diversidad de sus dones espirituales. Está bien que la plenitud de sus riquezas haya llovido desde el cielo sobre nosotros, porque pocos días antes, por la generosidad de nuestra tierra, el cielo había recibido un fruto de una maravillosa dulzura..., la humanidad de Cristo, que es toda la gracia de la tierra. El Espíritu de Cristo es toda la dulzura del cielo. Se produjo, en efecto, un intercambio muy saludable: la humanidad de Cristo

subió de la tierra al cielo. Hoy, del cielo desciende hacia nosotros el Espíritu de Cristo...

El Espíritu actúa por doquier. Por todas partes el Espíritu toma la palabra. Sin duda, antes de la Ascensión, el Espíritu del Señor ha sido dado a los discípulos cuando el Señor les dijo: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengáis, Dios se los retendrá.” (*Jn 20,22*) Pero antes de Pentecostés, no se oyó la voz del Espíritu Santo, no se vio brillar su poder. Y su conocimiento no llegó a los discípulos de Cristo que no habían sido confirmados en su coraje, ya que el miedo los tuvo encerrados en una sala con las puertas cerradas. Pero, a partir de este día de Pentecostés, “la voz del Señor se cierce sobre las aguas, la voz del Señor descuaja los cedros, la voz del Señor lanza llamas de fuego...en su templo, un grito unánime: Gloria!” (*cf Sal 28,3-9*).

Palabras del Santo Padre Francisco

«La historia de los discípulos, que parecía haber llegado a su final, es en definitiva renovada por la juventud del Espíritu: aquellos jóvenes que poseídos por la incertidumbre pensaban que habían llegado al final, fueron transformados por una alegría que los hizo renacer. El Espíritu Santo hizo esto. El Espíritu no es, como podría parecer, algo abstracto; es la persona más concreta, más cercana, que nos cambia la vida. ¿Cómo lo hace? Fijémonos en los apóstoles. El Espíritu no les facilitó la vida, no realizó milagros espectaculares, no eliminó problemas y adversarios, pero el Espíritu trajo a la vida de los discípulos una armonía que les faltaba, porque Él es armonía. Armonía dentro del hombre. Los discípulos necesitaban ser cambiados por dentro, en sus corazones. Su historia nos dice que incluso ver al Resucitado no es suficiente si uno no lo recibe en su corazón. No sirve de nada saber que el Resucitado está vivo si no vivimos como resucitados. Y es el Espíritu el que hace que Jesús viva y renazca en

nosotros, el que nos resucita por dentro. Por eso Jesús, encontrándose con los discípulos, repite: “Paz a vosotros” y les da el Espíritu. La paz no consiste en solucionar los problemas externos -Dios no quita a los suyos las tribulaciones y persecuciones-, sino en recibir el Espíritu Santo. En eso consiste la paz, esa paz dada a los apóstoles, esa paz que no libera de los problemas sino en los problemas, es ofrecida a cada uno de nosotros.» *(Homilía de S.S. Francisco, 9 de junio de 2019).*

Meditación

La paz es una de las cosas más buscada por toda la gente desde el inicio del tiempo y seguramente hasta el fin. Es algo que no se consigue fácilmente, y si no la tenemos nos atemorizamos, no nos sentimos seguros. Hoy Cristo nos muestra la forma de tener esta paz que no se acaba, que nos llena completamente, Él nos la da. Nosotros nos podemos encontrar como sus discípulos que tenían mucho miedo y se encerraron. Ante esta actitud de los que lo siguieron una vez, Cristo quiere ayudarles y les hace la invitación de entrar a la casa donde estaban porque Él no irrumpe de manera violenta en nuestra vida, sino que nos da la libertad de decirle sí o no. Abramos el corazón a Cristo para que nos done esa paz que solo Él puede dar.

Después de haber visto al Señor resucitado, pero que todavía tiene las heridas de su sufrimiento, los discípulos se dan cuenta de que no hay dolor que no se pueda «resucitar». Cristo ha vencido a la muerte y con ella todo sufrimiento y dolor, a través de su pasión. Esta buena nueva nos llena de alegría, porque confiar en el Señor nos da la gracia de superar cualquier dificultad, gracias a Él. En nuestra vida no hay solo dificultades que se pueden tocar, también hay dificultades invisibles, esto es el pecado. Cristo en su vida ayudado a gente que estaba enferma y también a la que cargaba con el peso del pecado. Este poder no se lo queda solo para Él, sino que lo comparte con su

iglesia para que todos puedan experimentar ese amor divino que siempre perdona, hasta setenta veces siete.

El Cristo resucitado nos extiende la misión de Dios que consiste en comunicar su amor misericordioso a todos los hombres. Para cumplir con esta misión Él nos necesita y si le damos nuestro sí, podrá hacer grandes cosas con nosotros; con el don del Espíritu Santo lo podemos hacer todo especialmente mostrar a las personas el amor que no se acaba. Aunque no todos podamos perdonar los pecados, como los sacerdotes, el Señor nos llama para que le ayudemos a proclamar el inmenso amor de un Dios infinitamente enamorado del hombre y la mujer de hoy.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra. Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

LUNES, 01 DE JUNIO DE 2020
BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA
Mujer, ahí tienes a tu hijo

Oración introductoria

Jesús, te doy gracias de todo corazón por todo lo que me has dado, en especial, este momento de intimidad contigo. Vengo ante Ti

con todo lo que soy y tengo. Bien sabes que en mi corazón hay tristezas y alegrías; en mi vida diaria, dificultades y bonanzas... pero no hay nada que no proceda de Ti. Todo lo bueno que tengo procede de tus manos amorosas. Gracias, Jesús. Enséñame a recibir todo lo que Tú me quieras regalar.

Petición

María, intercede por mí para que pueda hacer una buena oración

Lectura de la carta del libro del Génesis (Gén.3, 9-15. 20)

El Señor Dios llamó a Adán y le dijo: « ¿Dónde estás?». Él contestó: «Oí tu ruido en el jardín, me dio miedo, porque estaba desnudo, y me escondí». El Señor Dios le replicó: « ¿Quién te informó de que estabas desnudo?, ¿es que has comido del árbol del que te prohibí comer?». Adán respondió: «La mujer que mediste como compañera me ofreció del fruto y comí». El Señor Dios dijo a la mujer: « ¿Qué has hecho?». La mujer respondió: «La serpiente me sedujo y comí». El Señor Dios dijo a la serpiente: «Por haber hecho eso, maldita tú entre todo el ganado y todas las fieras del campo; te arrastrarás sobre el vientre y comerás polvo toda tu vida; pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; esta te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón» .A la mujer le dijo: «Mucho te haré sufrir en tu preñez, parirás hijos con dolor, tendrás ansia de tu marido, y él te dominará». A Adán le dijo: «Por haber hecho caso a tu mujer y haber comido del árbol del que te prohibí, maldito el suelo por tu culpa: comerás de él con fatiga mientras vivas; brotará para ti cardos y espinas, y comerás hierba del campo. Comerás el pan con sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste sacado; pues eres polvo y al polvo volverás». Adán llamó a su mujer Eva, por ser la madre de todos los que viven.

Salmo (Sal 87. 1-2.3 y 5. 6-7)

¡Qué pregón tan glorioso para ti, ciudad de Dios!

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn.19, 25-34)

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio. Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed». Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: «Está cumplido». E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu. Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día grande, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua.

Releemos el evangelio

San Pablo VI, papa

De la alocución en la clausura de la III sesión del Concilio Vaticano II (21 de noviembre de 1964: AAS 56 [1964], 1015-1016)

María, Madre de la Iglesia

La reflexión sobre las estrechas relaciones de María con la Iglesia, tan claramente establecidas por la actual Constitución conciliar, nos permite creer que es éste el momento más solemne y más apropiado para dar satisfacción a un voto que, señalado por Nos al término de la sesión anterior, han hecho suyo muchísimos padres conciliares, pidiendo insistentemente una declaración explícita, durante este Concilio de la función maternal que la Virgen ejerce sobre el pueblo cristiano. A este fin hemos creído oportuno consagrar, en esta misma sesión pública, un título en honor de la Virgen, sugerido por diferentes partes del orbe católico, y particularmente entrañable para Nos, pues con síntesis maravillosa expresa el puesto privilegiado que este Concilio ha reconocido a la Virgen en la Santa Iglesia.

Así pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, Nos proclamamos a María Santísima Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título.

Palabras del Santo Padre Francisco

«En el Gólgota no retrocedió ante el dolor, sino que permaneció ante la cruz de Jesús y, por su voluntad, se convirtió en Madre de la Iglesia; después de la Resurrección, animó a los Apóstoles reunidos en el cenáculo en espera del Espíritu Santo, que los transformó en

heraldos valientes del Evangelio. A lo largo de su vida, María ha realizado lo que se pide a la Iglesia: hacer memoria perenne de Cristo. En su fe, vemos cómo abrir la puerta de nuestro corazón para obedecer a Dios; en su abnegación, descubrimos cuánto debemos estar atentos a las necesidades de los demás; en sus lágrimas, encontramos la fuerza para consolar a cuantos sufren. En cada uno de estos momentos, María expresa la riqueza de la misericordia divina, que va al encuentro de cada una de las necesidades cotidianas.» *(Homilía de S.S. Francisco, 8 de octubre de 2016).*

Meditación

Hoy, Jesús, me demuestras el amor tan exagerado que me tienes: luego de haberme entregado todo lo que tenías, cuando ya no te quedaba nada más que dejarme, me regalas a María, tu mamá, para que también sea mi mamá.

Le dices a la Virgen: «mujer, allí tienes a tu hijo». En la persona de Juan, la Iglesia siempre se ha visto como heredera de ese gran tesoro que es María... pero ¿y la Virgen qué siente?, ¿qué pensamientos recorren ese corazón de madre que ve morir a su Hijo en una cruz y recibe a toda la humanidad como hijos? Jesús, Tú has muerto por mí, he sido yo quien te ha crucificado con y por mis pecados Te ha entregado al escarnio y a la muerte... ¡Y Tú me regalas a tu mamá! ¡Tú le pides a la Virgen que me adopte a mí, un verdugo tuyo! ¿Cómo acercarme a María si acabo de crucificarte?, ¿con la misma mano que te abofeteó y te clavó acariciaré su mejilla? ¿Cómo la misma boca que hace poco gritaba: «crucifícalo» ahora se atreverá a decirle a la Virgen: «Madre, te quiero»?

¡Es una locura! Y sin embargo, María me mira con sus purísimos ojos bañados en llanto y me dice: «Hijito, si Jesús te ha perdonado todo lo que le hiciste, yo también te perdono. Ven. No tengas ni

miedo ni vergüenza. No voy a reclamarte ni a reprocharte nada. Sólo te pido una cosa: No dejes que la sangre de mi Hijo sea en vano. Él ha muerto por Ti con la esperanza de que tú lo amarías. Si no sabes cómo hacerlo, ven y yo te enseñaré. Yo también te amo y sólo quiero que la sangre de mi Jesús te dé la vida eterna.»

Oración final

La ley del Señor es perfecta,
hace revivir;
el dictamen de Yahvé es veraz,
instruye al ingenuo. *(Sal 19,8)*

MARTES, 02 DE JUNIO DE 2020

Triunfa la sabiduría de Dios...

Oración introductoria

Espíritu Santo, ilumina mis ojos para contemplar el rostro de **Cristo**; dirige mis pasos para seguir el camino que Tú me indicas; dame tu fuerza y sabiduría para glorificar al **Padre** y llegar al fin de este día habiendo extendido un poco más tu Reino.

Petición

Señor, ayúdame a renunciar a todo lo que ponga en riesgo mi vida de gracia.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pedro (2 Pe 3, 12-15a. 17-18)

Queridos hermanos: ¡Esperáis y apresuráis la llegada del Día de Dios! Ese día los cielos se disolverán incendiados y los elementos se derretirán abrasados. Pero nosotros, según su promesa, esperamos unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia, por eso, queridos míos, mientras esperáis estos acontecimientos, procurad que Dios os encuentre en paz con él, intachables e irreprochables, y considerad que la paciencia de nuestro Señor es nuestra salvación. Así pues, queridos míos, ya que estáis prevenidos, estad en guardia para que no os arrastre el error de esa gente sin principios ni decaiga vuestra firmeza. Por el contrario, creced en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él la gloria ahora y hasta el día eterno. Amén.

Salmo (Sal 89, 2. 3-4. 10. 14 y 16)

Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc 12, 13-17)

En aquel tiempo, enviaron a Jesús algunos de los fariseos y de los herodianos, para cazarlo con una pregunta. Se acercaron y le dijeron: «Maestro, sabemos que eres veraz y no te preocupa lo que digan; porque no te fijas en apariencias, sino que enseñas el camino de Dios conforme a la verdad. ¿Es lícito pagar impuesto al César o no? ¿Pagamos o no pagamos?». Adivinando su hipocresía, les replicó: «¿Por qué me tentáis? Traedme un denario, que lo vea». Se lo trajeron. Y él les preguntó: «¿De quién es esta imagen y esta inscripción?». Le

contestaron: «Del César». Jesús les replicó: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Y se quedaron admirados.

Releemos el evangelio

San Pedro Crisólogo (c. 406-450)

obispo de Ravenna, doctor de la Iglesia

Sermón 148, Sobre el misterio de la Encarnación

*En Cristo, Dios nos hace pasar de ser
su imagen a ser sus semejantes (Gn 1,27)*

Hombre, ¿por qué te desprecias de tal manera siendo así que eres tan precioso a los ojos de Dios? ¿Por qué te deshonoras hasta tal punto, siendo así que Dios te honra a través del nacimiento de Cristo en nuestra carne? ¿Por qué buscas con tanto empeño cómo has sido hecho y no buscas con qué finalidad has sido hecho? ¿Acaso toda esta morada del mundo que tú contemplas no ha sido hecha para ti? Es por ti que la luz se expande y disipa las tinieblas, es por ti que la noche tiene sus reglas, por ti que el día tiene sus medidas; es por ti que el cielo irradia los diversos esplendores del sol, de la luna y de las estrellas; por ti que la tierra está esmaltada de flores, árboles y frutos; por ti que ha sido creada esta multitud impresionante de animales en el aire, en los campos, el agua tan bella para que una lúgubre soledad no malogre el gozo de un mundo nuevo...

Además, el Creador busca qué es lo que puede añadir a tu dignidad: pone en ti su imagen (*Gn 1,27*), a fin de que esta imagen visible haga presente en la tierra al Creador invisible, y te confía la gerencia de los bienes terrestres, para que no se le escape al representante del Señor un tan amplio dominio ... Y lo que Dios ha hecho en ti por su poder, ha tenido la bondad de asumirlo él mismo; ha querido manifestarse verdaderamente en el hombre en quien, hasta entonces, no se había hecho presente más que en imagen. Ha dado al

hombre poder ser en realidad lo que hasta entonces había sido tan sólo una simple semejanza. Cristo, pues, nace para devolver toda su integridad a la naturaleza caída.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La referencia a la imagen de César, incisa en la moneda, dice que es justo sentirse ciudadanos del Estado de pleno título -con derechos y deberes-; pero simbólicamente hace pensar en otra imagen que está impresa en cada hombre: la imagen de Dios. Él es el Señor de todo y nosotros, que hemos sido creados “a su imagen” le pertenecemos ante todo a Él. Jesús planteó, a partir de la pregunta hecha por los fariseos, una interrogación más radical y vital para cada uno de nosotros, una interrogación que podemos hacernos: ¿a quién pertenezco yo? ¿A la familia, a la ciudad, a los amigos, a la escuela, al trabajo, a la política, al Estado? Sí, claro. Pero, antes que nada -nos recuerda Jesús- tú perteneces a Dios. Esta es la pertenencia fundamental. Es Él quien te ha dado todo lo que eres y tienes. Y, por lo tanto, nuestra vida, día a día, podemos y debemos vivirla en el reconocimiento de nuestra pertenencia fundamental y en el reconocimiento de corazón hacia nuestro Padre, que crea a cada uno de nosotros de forma singular, irrepetible, pero siempre según la imagen de su Hijo amado, Jesús. Es un misterio admirable. El cristiano está llamado a comprometerse concretamente con las realidades humanas y sociales sin contraponer “Dios” y “César”; contraponer a Dios y al César sería una actitud fundamentalista.» *(Ángelus de S.S. Francisco, 22 de octubre de 2017).*

Meditación

Los fariseos y partidarios de Herodes se presentan ante Jesús tendiéndole una trampa; le plantean una pregunta cuyas dos aparentes respuestas acarrearían consigo enormes consecuencias. Creían poner a

Jesús entre la espada y la pared; Él tenía que contestar: tomar el partido de su pueblo o el partido de los romanos.

Jesús veía su doble intención: le alababan con palabras que no brotaban del interior, sino que nacían de la hipocresía de su corazón. ¡Se habían puesto de acuerdo para poner a prueba a Dios! Pero Él conocía sus corazones, no le eran desconocidas sus intenciones.

Muchas veces somos nosotros los que queremos poner a prueba a Dios, nos falta fe, tememos confiar en un Dios que habla en el silencio y se manifiesta en la cotidianidad; nos cuesta percibir su amor y hacer su voluntad; queremos el camino fácil, preferimos con facilidad la comodidad y mediocridad al arduo camino de la santidad. Que nuestro obrar no desdiga las plegarias de nuestro corazón, ni contradiga las promesas hechas al Señor.

Deja que Cristo sea el que responda las dudas de tu corazón, «pues la sabiduría de este mundo es necedad a los ojos de Dios.» (*1 Corintios, 3, 19*)

Oración final

Sáclanos de tu amor por la mañana,
y gozaremos y cantaremos de por vida.
¡Que tus siervos vean tu acción,
y tus hijos tu esplendor! (*Sal 90:14,16*)

MIÉRCOLES, 03 DE JUNIO DE 2020
SANTOS CARLOS LUANGA Y COMPAÑEROS MÁRTIRES
La familia y Dios

Oración introductoria

Señor, que pueda amar a toda mi familia, que no me deje llevar por rencores, malentendidos, luchas, porque Tú me llamas a más, a que ame sin condición, este es mi camino de santidad: aprender a amar como ama Dios. Dame tu gracia para que cada día crezca en esto y pueda acercarme más a Ti a través de mis hermanos.

Petición

Dios mío, lléname de fe, de esperanza y de caridad.

Comienzo de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo (2 Tim 1, 1-3. 6-12)

Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios para anunciar la promesa de vida que hay en Cristo Jesús, a Timoteo, hijo querido: gracia, misericordia y paz de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús, Señor nuestro. Doy gracias a Dios, a quien sirvo, como mis antepasados, con conciencia limpia, porque te tengo siempre presente en mis oraciones noche y día. Por esta razón te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos, pues Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y de templanza. Así pues, no te avergüences del testimonio de nuestro Señor ni de mí, su prisionero; antes bien, toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios. Él nos salvó y nos llamó con una vocación santa, no por nuestras obras, sino según su designio y según la gracia que nos dio en Cristo Jesús desde antes de

los siglos, la cual se ha manifestado ahora por la aparición de nuestro Salvador, Cristo Jesús, que destruyó la muerte e hizo brillar la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio. De este Evangelio fui constituido heraldo, apóstol y maestro. Esta es la razón por la que padezco tales cosas, pero no me avergüenzo, porque sé de quién me he fiado, y estoy firmemente persuadido de que tiene poder para velar por mi depósito hasta aquel día.

Salmo (Sal 122, 1b-2b. 2cdefg)

A ti, Señor, levanto mis ojos.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc 12, 18-27)

En aquel tiempo, se acercan a Jesús unos saduceos, los cuales dicen que no hay resurrección, y le preguntan: «Maestro, Moisés nos dejó escrito: “Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer pero no hijos, que se case con la viuda y de descendencia a su hermano”. Pues bien, había siete hermanos: el primero se casó y murió sin hijos; el segundo se casó con la viuda y murió también sin hijos; lo mismo el tercero; y ninguno de los siete dejó hijos. Por último murió la mujer. Cuando llegue la resurrección y resuciten, ¿de cuál de ellos será mujer? Porque los siete han estado casados con ella». Jesús les respondió: «¿No estáis equivocados, por no entender la Escritura ni el poder de Dios? Pues cuando resuciten, ni los hombres se casarán ni las mujeres serán dadas en matrimonio, serán como ángeles del cielo. Y a propósito de que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, en el episodio de la zarza, lo que le dijo Dios: “Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob”? No es Dios de muertos, sino de vivos. Estáis muy equivocados».

Releemos el evangelio

Catecismo de la Iglesia Católica

§ 293-294 - Copyright © Libreria Editrice Vaticana

Dios de los vivos

Es una verdad fundamental que la Escritura y la Tradición no cesan de enseñar y de celebrar: “El mundo ha sido creado para la gloria de Dios”. Dios ha creado todas las cosas, explica S. Buenaventura, “no para aumentar su gloria, sino para manifestarla y comunicarla.” Porque Dios no tiene otra razón para crear que su amor y su bondad: “Abierta su mano con la llave del amor surgieron las criaturas”. (*Tomás de Aquino*)

La gloria de Dios consiste en que se realice esta manifestación y esta comunicación de su bondad para las cuales el mundo ha sido creado. Hacer de nosotros “hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia” (*Ef 1,5-6*): “Porque la gloria de Dios es el hombre vivo, y la vida del hombre es la visión de Dios: si ya la revelación de Dios por la creación procuró la vida a todos los seres que viven en la tierra, cuánto más la manifestación del Padre por el Verbo procurará la vida a los que ven a Dios.” (*San Ireneo*) El fin último de la creación es que Dios, “Creador de todos los seres, se hace por fin ‘todo en todas las cosas’ (*1 Cor 15,28*), procurando al mismo tiempo su gloria y nuestra felicidad” (*Concilio Vaticano II*).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Está clara certeza de Jesús sobre la resurrección se basa enteramente en la *fidelidad de Dios*, que es el Dios de la vida. De hecho, detrás de la pregunta de los saduceos se esconde una cuestión más profunda: no sólo de quién será esposa la mujer viuda de siete

maridos, sino *de quién será su vida*. Es una duda que atormenta al hombre de todos los tiempos y también a nosotros: después de esta peregrinación terrenal, ¿qué será de nuestras vidas? ¿Pertenece a la nada, a la muerte? Jesús responde que la vida *pertenece a Dios*, que nos ama y se preocupa mucho por nosotros, “hasta el punto de vincular su nombre al nuestro: es «el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Porque Él no es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para Él todos viven”. La vida *subsiste donde hay vínculo*, comunión, fraternidad; y es una vida más fuerte que la muerte cuando se construye sobre relaciones verdaderas y lazos de fidelidad. Por el contrario, no hay vida cuando pretendemos pertenecer sólo a nosotros mismos y vivir como islas: en estas actitudes prevalece la muerte. Es egoísmo. Si vivo para mí mismo, estoy sembrando la muerte en mi corazón.» (*Ángelus de S.S. Francisco, 10 de noviembre de 2019*)

Meditación

El tema de la familia está muy unido al tema de Dios porque Él guía nuestras vidas y, a través de las personas que están a nuestro alrededor, especialmente nuestra familia, lo podemos encontrar, porque Él se quiere hacer presente en nuestras vidas.

La pregunta de los saduceos me hizo pensar cómo cuando dos personas se casan toda su vida cambia, y parte de este cambio es que se acepta a la persona y con ella a toda su familia, se hacen parte de su familia, los hermanos, los papás, los tíos, los primos, etc. Y así se convierten en un signo de que Dios es nuestro padre común y quiere que nos sintamos parte de una misma familia, y con mayor razón si son marido y mujer. A veces no es fácil aceptar a otros por motivos muy variados y es ahí donde Dios tiene que estar presente en nuestras relaciones porque sin Él, nos es muy difícil amar de verdad. Él nos puede enseñar a demostrar nuestro amor desinteresado que siempre quiere lo mejor del otro y llega a dar la vida por el otro.

Una cosa positiva que podríamos tomar de la actitud de los saduceos es que no tienen miedo de preguntarle a Cristo cosas que no entienden o que se les hacen ilógicas, pero ellos no querían cambiar y eso fue lo que les faltó porque al encontrar una respuesta diferente a lo que esperaban y creían, se quedaron con su parte y no confrontaron la verdad de Cristo con su vida. Por eso hay que abrir nuestros corazones a Cristo para que podamos cambiar lo que necesitamos cambiar y así acercarnos más a Él.

Un aspecto que llama mucho la atención de este pasaje evangélico es que en la resurrección del fin de los tiempos todos serán hermanos ya que no habrá necesidad de casarse porque seremos como ángeles, dependeremos completamente de Dios, Él llenará toda nuestra vida porque será nuestra «media naranja» que en esta vida encontramos sea en una pareja o en una vocación, y al final de los tiempos Dios será nuestro todo.

Oración final

A ti levanto mis ojos,
tú que habitas en el cielo.
Lo mismo que los ojos de los siervos
miran a la mano de sus amos,
lo mismo que los ojos de la sierva
miran a la mano de su señora,
nuestros ojos miran a Yahvé, nuestro Dios,
esperando que se apiade de nosotros. *(Sal 123,1-2)*

JUEVES, 04 DE JUNIO DE 2020
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, SUMO Y ETERNO SACERDOTE
Se quedó conmigo para siempre.

Oración introductoria

Jesús, aquí estoy ante Ti. Tú conoces mi corazón. Tú ves mis deseos más profundos. Te alabo porque eres bueno y quieres saciar esos deseos que Tú mismo pusiste en mi corazón. Jesús, Tú conoces mi situación. Confío en Ti, aunque no todo esté claro. Confío en ti, aunque a veces no lo sienta. María, ven y acompáñame en este momento de oración.

Petición

Señor, despierta en mí la necesidad de estar un largo rato en conversación contigo.

Lectura del libro del Génesis (Gén 22, 9-18)

En aquellos días, llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abrahán levantó allí el altar y apiló la leña, luego ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar, encima de la leña. Entonces Abrahán alargó la mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Pero el ángel del Señor le gritó desde el cielo: «¡Abrahán, Abrahán!». Él contestó: «Aquí estoy». El ángel le ordenó: «No alargues la mano contra el muchacho ni le hagas nada. Ahora he comprobado que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, a tu único hijo». Abrahán levantó los ojos y vio un carnero enredado por los cuernos en la maleza. Se acercó, tomó el carnero y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. Abrahán llamó aquel sitio «El Señor ve», por lo que se dice aún hoy «En el monte el Señor es visto». El ángel del Señor llamó a Abrahán por segunda vez

desde el cielo y le dijo: «Juro por mí mismo, oráculo del Señor: por haber hecho esto, por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, te colmaré de bendiciones y multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las puertas de sus enemigos. Todas las naciones de la tierra se bendecirán con tu descendencia, porque has escuchado mi VOZ».

Salmo (Sal 39, 7-8a. 8b-9. 10-11ab. 17)

Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 26, 36-42)

Jesús fue con ellos a un huerto, llamado Getsemaní, y dijo a los discípulos: «Sentaos aquí, mientras voy allá a orar». Y llevándose a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, empezó a sentir tristeza y angustia. Entonces les dijo: «Mi alma está triste hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo». Y adelantándose un poco cayó rostro en tierra y oraba diciendo: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú». Y volvió a los discípulos y los encontró dormidos. Dijo a Pedro: « ¿No habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en la tentación, pues el espíritu está pronto, pero la carne es débil». De nuevo se apartó por segunda vez y oraba diciendo: «Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad».

Releemos el evangelio

Pío XII, papa

De la carta encíclica Mediator Dei (AAS 39 [1947], 552-553)

Cristo, sacerdote y víctima

Cristo es ciertamente sacerdote, pero lo es para nosotros, no para sí mismo, ya que él, en nombre de todo el género humano, presenta al Padre eterno las aspiraciones y sentimientos religiosos de los hombres. Es también víctima, pero lo es igualmente para nosotros, ya que se pone en lugar del hombre pecador. Por esto, aquella frase del Apóstol: *Tened los mismos sentimientos propios de Cristo Jesús* exige de todos los cristianos que, en la medida de las posibilidades humanas, reproduzcan en su interior las mismas disposiciones que tenía el divino Redentor cuando ofrecía el sacrificio de sí mismo: disposiciones de una humilde sumisión, de adoración a la suprema majestad divina, de honor, alabanza y acción de gracias.

Les exige asimismo que asuman en cierto modo la condición de víctimas, que se nieguen a sí mismos, conforme a las normas del Evangelio, que espontánea y libremente practiquen la penitencia, arrepintiéndose y expiando los pecados.

Exige finalmente que todos, unidos a Cristo, muramos místicamente en la cruz, de modo que podamos hacer nuestra aquella sentencia de san Pablo: *Estoy crucificado con Cristo*

Palabras del Santo Padre Francisco

«A Dios podemos pedirle todo, todo, explicarle todo, contarle todo. No importa si en nuestra relación con Dios nos sentimos en defecto: no somos buenos amigos, no somos hijos agradecidos, no somos cónyuges fieles. Él sigue amándonos. Es lo que Jesús demuestra definitivamente en la última cena, cuando dice: “Este cáliz es la nueva

alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros”. En ese gesto Jesús anticipa en el Cenáculo el misterio de la Cruz. Dios es un aliado fiel: si los hombres dejan de amar, Él sigue amando, aunque el amor lo lleve al Calvario. Dios está siempre cerca de la puerta de nuestro corazón y espera que le abramos. Y a veces llama al corazón, pero no es invádate: espera. La paciencia de Dios con nosotros es la paciencia de un papá, de uno que nos quiere mucho. Yo diría que es la paciencia junta de un papá y de una mamá. Siempre cerca de nuestro corazón, y cuando llama lo hace con ternura y con tanto amor.» *(Audiencia de S.S. Francisco, 13 de mayo de 2020).*

Meditación

«Dime, ¿por qué es esta noche diferente a todas las demás noches?» Con estas palabras, la cena de Pascua, el niño más pequeño de cada familia judía pedía al jefe de la familia que le explicara el sentido de la fiesta. Como respuesta, el jefe de la familia contaba la historia del pueblo de Israel, que fue liberado por Dios de la esclavitud en Egipto por la mano del Señor.

Hoy yo también puedo preguntar a Dios: ¿Por qué es este día diferente a todos los demás días? Una de las posibles respuestas de Dios está en el Evangelio de hoy: Porque Jesús tomó el pan, dio gracias... Y se quedó conmigo para siempre... Y se entregó para redimirme de mis pecados... Y no dudó en morir por mí... ¿Qué respuesta escucho por parte de Dios? ¿Qué siento al escucharla o al no escucharla? De todo esto y más puedo dialogar con el Señor.

Oración final

Muéstrame tus caminos, Yahvé,
enséñame tus sendas.
Guíame fielmente, enséñame,
pues tú eres el Dios que me salva. *(Sal 25,4-5)*

VIERNES, 05 DE JUNIO DE 2020
SAN BONIFACIO, OBISPO Y MÁRTIR
Un Dios grande oculto en lo pequeño.

Oración introductoria

Señor Jesús, manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo.

Petición

Señor, Dios nuestro, haz que yo siga tu voluntad que es el mandamiento del amor.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo (2 Tim. 3, 10-17)

Querido hermano: Me has seguido en la doctrina, la conducta, los propósitos, la fe, la magnanimidad, el amor, la paciencia, las persecuciones y los padecimientos, como aquellos que me sobrevinieron en Antioquia, Iconio y Listra. ¡Qué persecuciones soporté! Y de todas me libró el Señor. Por otra parte, todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos. Pero los malvados y embaucadores irán de mal en peor, engañando a los demás y engañándose ellos mismos. Tú, en cambio, permanece en lo que aprendiste y creíste, consciente de quiénes lo aprendiste, y que desde niño conoces las Sagradas Escrituras: ellas pueden darte la sabiduría que conduce a la salvación por medio de la fe en Cristo Jesús. Toda Escritura es inspirada por Dios y además útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena.

Salmo (Sal 118, 157. 160. 161. 165. 166. 168)

Mucha paz tienen los que aman tu ley, Señor.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 12, 35-37)

En aquel tiempo, mientras enseñaba en el templo, Jesús preguntó: «¿Cómo dicen los escribas que el Mesías es hijo de David? El mismo David, movido por el Espíritu Santo, dice: “Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha, y haré de tus enemigos estrado de tus pies” .Si el mismo David lo llama Señor, ¿cómo puede ser hijo suyo?». Una muchedumbre numerosa la escuchaba a gusto.

Releemos el evangelio

San Ambrosio (c. 340-397)

obispo de Milán y doctor de la Iglesia

Sermón sobre el salmo 35, 4-5

«El mismo David lo llama Señor»

¡Estate atento al misterio de Cristo! Nació del seno de la Virgen a la vez Siervo y Señor; Siervo para obrar, Señor para mandar a fin de enraizar en el corazón de los hombres un Reino para Dios. Tiene un doble origen pero es un solo ser. No es distinto el que viene del Padre al que viene de la Virgen. Nacido del Padre antes de todos los siglos, es el mismo que tomó carne en el transcurso del tiempo. Por eso es llamado Siervo y Señor: por nuestra causa, Siervo, pero a causa de la unidad de la sustancia divina, Dios de Dios, Principio del Principio, Hijo en todo igual al Padre, su igual. En efecto, el Padre no engendra un Hijo extraño a Él mismo, este Hijo del cual declara: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco» (Mt 3,17)...

El Siervo conserva en todo los títulos de su dignidad. Dios es grande, y es grande el Siervo; al venir en la carne, no pierde esta «grandeza que no tiene límites» (*sl 144,3*)... El cual, «siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de Siervo» (*Flp 2,6-7*)... Es, pues, igual a Dios como Hijo de Dios; tomó la condición de Siervo al encarnarse; «gustó la muerte» (*Hb 2,9*), él, cuya «grandeza no tiene límites»...

¡Cuán buena es esta condición de Siervo que nos ha hecho libres! ¡Sí, cuán buena es! Le ha valido «el nombre que está por encima de todo nombre»! ¡Cuán buena es esta humildad! Ha obtenido que «al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesús es el Señor para gloria de Dios Padre» (*Flp 2, 10-11*).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Buscar nuevos caminos nos hará bien a todos. Siempre que sean los caminos del Señor. Pero ir hacia adelante: adelante en la profundidad de la oración, en la profundidad de la docilidad, del corazón abierto a la voz de Dios, y así se hacen los verdaderos cambios en la Iglesia, con personas que saben cómo luchar en lo pequeño y lo grande. El cristiano debe tener este carisma de lo pequeño y de lo grande, por lo que animó a invocar la intercesión de San Pablo para pedir la gracia de la docilidad a la voz del Señor y del corazón abierto al Señor, la gracia de no asustarnos por las cosas grandes, de ir hacia adelante, mientras que tengamos la delicadeza de cuidar cosas pequeñas.» (*Homilía SS Francisco, 10 de mayo de 2019, en santa Marta*)

Meditación

¿Cuántas veces no nos hemos sorprendido al encontrar a Dios en las cosas que parecen no tener un gran valor?

A veces nos sucede que buscamos a Dios en cosas aparentemente «dignas de Dios» y nos decepcionamos. Puede ser que esto nos lleve a pensar si en verdad no estamos haciendo lo suficiente para encontrar a Dios. Lo que sucede es que Dios, el Grande, el Inmenso, tiene un gusto especial por las cosas pequeñas. Es un gran amante de los detallitos: de una sonrisa de un hijo, de un dibujo hecho con amor, de un pequeño acto de caridad sin que nadie nos vea.

Jesús, en el Evangelio, nos lanza un reto: buscar a Dios en lo pequeño. Cristo dice «¿cómo puede ser hijo suyo?» refiriéndose a sí mismo. Pero casualmente Jesús es efectivamente «el hijo de David». Misterioso, pero cierto, Dios, siendo grandísimo, se hizo un hombre. El Dios que le prometió a David darle descendencia se hizo descendiente suyo. Dios se hizo parte de la familia humana.

Así Jesús se esconde en los pequeños, en nuestra vida diaria. A nosotros nos toca encontrarlo. Ahora puede ayudar hacerse unas preguntas para poder contemplar más fácilmente su paso en nuestra vida: ¿En dónde lo has visto? ¿Qué sentiste al encontrarlo? ¿Cómo le hiciste para verlo?

Oración final

Espero tu salvación, Yahvé,
y cumplo tus mandamientos.
Guardo tus ordenanzas y dictámenes,
tienes presente todos mis caminos. (*Sal 119:166,168*)

SÁBADO, 06 DE JUNIO DE 2020

La oración, un don para otros.

Oración introductoria

Señor, concédeme la gracia de ver, en este momento de oración, mi corazón y poder contemplar mis deseos más profundos. Te pido la gracia de saber que Tú me has dado tanto, especialmente un corazón para amarte y para comunicar tus dones a los demás.

Petición

Señor, dame la gracia de ser generoso, sin cálculos egoístas.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo (2 Tim. 4, 1-8)

Querido hermano: Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos, por su manifestación y por su reino: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina. Porque vendrá un tiempo en que no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus propios deseos y de lo que les gusta oír; y, apartando el oído de la verdad, se volverán a las fábulas. Pero tú sé sobrio en todo, soporta los padecimientos, cumple tu tarea de evangelizador, desempeña tu ministerio. Pues yo estoy a punto de ser derramado en liberación y el momento de mi partida es inminente. He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que hayan aguardado con amor su manifestación

Salmo (Sal 70, 8-9. 14-15ab. 16-17. 22)

Mi boca contará tu salvación, Señor.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 12, 38-44)

En aquel tiempo, Jesús, instruyendo al gentío, les decía: «¡Cuidado con los escribas! Les encanta pasearse con amplio ropaje y que les hagan reverencias en las plazas, buscan los asientos de honor en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; y devoran los bienes de las viudas, y aparentan hacer largas oraciones. Esos recibirán una condenación más rigurosa». Estando Jesús sentado enfrente del tesoro del templo, observaba a la gente que iba echando dinero: muchos ricos echaban mucho; se acercó una viuda pobre y echó dos monedillas, es decir, un cuadrante. Llamando a sus discípulos, les dijo: «En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado en el arca de las ofrendas más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero esta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir».

Releemos el evangelio

Santa Teresa de Ávila (1515-1582)

carmelita descalza y doctora de la Iglesia

Poesía « Vivo sin vivir en mí »

«Dio todo lo que tenía»

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero

Vivo ya fuera de mí,
después que muero de amor,
porque vivo en el Señor,
que me quiso para sí.
Cuando el corazón le di
puso en él este letrero:
Que muero porque no muero...

¡Ay, qué vida tan amarga,
do no se goza al Señor!,
porque, si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga.
Quíteme Dios esta carga,
más pesada que el acero,
que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque, muriendo, el vivir
me asegura mi esperanza.
Muerte, do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte (*Ct 8,6*):
vida, no me seas molesta;
mira que sólo te resta,
para ganarte, perderte. (*Lc 9,24*)
Venga ya la dulce muerte,
venga el morir muy ligero,
que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba,
que es la vida verdadera,
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva.
Muerte, no me seas esquiva;
viva muriendo primero,
que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios, que vive en mí,
si no es perderte a ti,
para mejor a él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
pues a él solo es al que quiero:
Que muero porque no muero.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La enseñanza que Jesús nos da hoy nos ayuda a recobrar lo que es esencial en nuestras vidas y favorece una relación concreta y cotidiana con Dios. Hermanos y hermanas, las balanzas del Señor son diferentes a las nuestras. Pesa de manera diferente a las personas y sus gestos: Dios no mide la cantidad sino la calidad, escruta el corazón, mira la pureza de las intenciones. Esto significa que nuestro “dar” a Dios en la oración y a los demás en la caridad debería huir siempre del ritualismo y del formalismo, así como de la lógica del cálculo, y debe ser expresión de gratuidad, como hizo Jesús con nosotros: nos salvó gratuitamente, no nos hizo pagar la redención. Nos salvó gratuitamente. Y nosotros, debemos hacer las cosas como expresión de gratuidad. Por eso, Jesús indica a esa viuda pobre y generosa como modelo a imitar de vida cristiana. No sabemos su nombre, pero conocemos su corazón -la encontraremos en el Cielo y seguramente

iremos a saludarla-, y eso es lo que cuenta ante Dios.» (*Ángelus de S.S. Francisco, 11 de noviembre de 2018*).

Meditación

La actitud de los escribas demuestra un deseo que tenemos en el corazón de ser reconocidos. En su sentido natural está bien porque se nos deben reconocer las cosas que hemos hecho bien, pero hay problema cuando queremos más, y esta sed de más alabanza nos lleva a creernos el centro del universo, que todo debe girar en torno a nosotros. En cambio, alguien que busca ayudar a los demás con los talentos que Dios le ha dado, que reconoce sus dones y los pone al servicio del prójimo, no sólo se le agradecerá, sino que Cristo le guardará un lugar especial en el cielo y, ¿quién no quiere un lugar en el paraíso?

Esta actitud de poner lo que se ha recibido al servicio de los demás, y si Dios lo pide también a su servicio, es lo que hace la viuda que observa Jesús y pone como ejemplo para sus discípulos. A mí me gusta hacer una comparación de este episodio del Evangelio con mi oración. Muchas veces pienso que el tiempo que dedico a mi oración se podría aprovechar en tantas otras maneras, que ese tesoro de mi vida se podría aprovechar mucho mejor en otra parte, sin embargo, ese tiempo y la oración (que parece ser poca cosa) de verdad ayudan. Tal vez no me doy cuenta de cuánto bien puede hacer, pero poniendo mi esfuerzo, Dios puede tomar mis moneditas y convertirlas en un millón de bendiciones para alguien. Esta actitud también está motivada por el entender que todo lo que tengo lo he recibido, y qué más puedo hacer sino darlo a los demás.

Dios conoce nuestros corazones y sabe cuáles son nuestros más grandes deseos, dejemos que Él nos muestre el camino para llevar a cabo todo lo que tenemos en el corazón.

Oración final

Mi boca rebosa de tu alabanza,
de tu elogio todo el día.

No me rechaces ahora que soy viejo,
no me abandones cuando decae mi vigor. *(Sal 71,8-9)*